

—Sea — contestó el barón levantándose y abriendo la puerta del palco.—¡Pero cuánto me hacéis padecer!

Cinco minutos después, su victoria se detuvo en la esquina de la calle Vignon, dejando allí á Elena.

D'Aubagny llevó á sus labios la mano enguantada de la joven; la retuvo largo tiempo entre las suyas, y cuando por fin Elena se escapó, desapareciendo detrás de la maciza puerta, dijo á su cochero:

—Avenida de Villiers.

La victoria se alejó al trote largo.

No había llegado apenas á los almacenes del Printemps, cuando un hombre de enmarañados cabellos, con el semblante adusto y furioso, llegó ante la puerta detrás de la cual había desaparecido Elena.

Era el doctor Fabregues.

VI

Al separarse de Elena en el momento en que ésta entraba en su casa para acudir á la cita con el barón D'Aubagny, Fabregues se hallaba bajo la influencia de una violenta decepción.

Sus nervios vibraban de cólera y miedo.

Aquella naturaleza inflamable se hallaba en ebullición como una lava calentada por un fuego interior.

Las explicaciones ambiguas y casi altaneras de la joven, no le habían tranquilizado.

Por el contrario.

Se las había dado con aire distraído, indiferente y ligero, que expresaba el hastío por un yugo que se quiere sacudir.

El solo las había aceptado con la intención de investigar las causas de aquel cambio.

Desde que se cerró la puerta, el doctor había atravesado el boulevard para ponerse al acecho desde el lado opuesto y allí, confundido con los paseantes y con los ojos fijos en la ventana de la encantada habitación cuyas llaves quisiera tener en sus manos para librarla de rivales desconocidos, permaneció con el corazón ateneado por las torturas de los celos, contando los minutos y esperando la salida de Elena.

Porque ella iba á salir; estaba seguro de ello.

Todo se lo indicaba: la prisa de la joven por abandonarle, su mal disimulada agitación, y hasta la luz que se veía por la ventana de su tocador.

En efecto, al cabo de un cuarto de hora próximamente, de quince minutos de espera que le parecieron interminables, el gas se oscureció en la habitación y Fabregues vió en seguida una sombra que se deslizaba fuera de la calle Vignon, mirar con inquietud á su alrededor y dirigirse con rápido paso hacia la Magdalena.

La siguió á distancia, evitando que le sor-

prendieran en aquel vil espionaje á que se entregan todos los enamorados apasionados, deseoso de conocer el objeto de aquel paseo y de darse cuenta del peligro que amenaza á su amor.

No perdió de vista un instante á la joven; pero como iba detrás y por la acera opuesta, el encuentro de Elena con el barón y la ligereza del caballo que los llevaba hacia la calle de Rivoli, destruyeron sus planes.

Permaneció clavado en la acera, presa de una especie de congestión moral, de la que tardó en salir.

Parecía herido por el rayo.

La duda, ese supremo consuelo de los amantes engañados, era imposible.

Se apoderó de él verdadero furor.

Tenía un rival, y un rival dichoso.

No conocía su nombre ni su rostro; pero este rival tenía ventajas que él no peseía.

Era rico, á juzgar por la elegancia del coche y ese no se qué indefinible, pero que se comprende á primera vista.

¿Dónde iban?

Fabregues debía pasar allí algunas horas de esas cuyo recuerdo queda marcado con fuego en el corazón.

Aquel bien que él perseguía hacía tres años, que deseaba con ardor, que casi consideraba como cosa suya, se le escapaba.

¡Perteneía á otro!

El gascón se estremecía ante semejante idea.

En las dos horas de ausencia de la joven, recorrió el boulevard á grandes pasos, entregándose á las más quiméricas suposiciones, procurando inútilmente encontrar una excusa, una explicación para este hecho: ella estaba con otro, y para ir con éste, le había abandonado á él. Ni siquiera se tomó el trabajo de cubrir las apariencias, puesto que se citó con él en medio de la calle.

Nunca le había sucedido cosa semejante.

Nunca había tampoco experimentado tanta ira.

A las once y tres cuartos paseaba febrilmente como una fiera aprisionada, alrededor de la doble fila de árboles del boulevard, entre el extremo de la calle Vignon y la plaza de la Magdalena, cuando desembocó por la calle de Cambón el coche que había conducido á la pendiente de madama Delivet.

Atravesó como un rayo la calle y se detuvo ante la puerta de la casa de Elena.

Fabregues tuvo idea de lanzarse hacia allí, pero le contuvo la idea del ridículo papel que iba á hacer,

Después de todo, ¿qué podía decir á aquel desconocido, cuyo semblante no distinguía con la oscuridad de la noche?

Estaba á unos cincuenta pasos del coche, apoyado en un árbol que le ocultaba, y desde allí vió bajar á Elena, abandonando su mano á su acompañante, que la besó amorosamente, desapareciendo después detrás de la pesada puer-

ta, que se cerró rechinando sobre sus goznes. El coche tomó la dirección del boulevard Hausmann.

Entonces Fabregues respiró.

Podía ir á tener una explicación con la pérfida.

Apenas vió iluminarse las habitaciones, llamó á la puerta.

Era ya media noche.

La portera salió de su habitación para apagar el gas.

—¿Ha vuelto la señorita Brunoy?—preguntó el doctor.

La señora Gervais sentía gran interés por su inquilina.

Las mujeres, dígame lo que se quiera, dependen á ayudarse mutuamente contra los hombres, y la empleada de Mad. Delivet era una buena muchacha, que daba conversación á la portera en sus ratos de ocio, contándole las murmuraciones del almacén y los escándalos, que constituyen la alegría de estas fábricas.

Además, la señora Gervais, en su mocedad y aun en su edad madura, había tenido desengaños que habían engendrado en su alma un legítimo rencor hacia el sexo fuerte.

—Seguramente que está en su casa—contestó con voz ruda.—¿Dónde queríais que estuviera?

—Bien sabéis cuánto me intereso por ella—dijo él con forzada sonrisa.

—Demasiado para su reposo—respondió con acritud la señora Gervais.

Y observando retratada la angustia en el rostro del doctor, que se esforzaba por aparecer sereno, añadió:

—Estáis descompuesto.

—¿Yo?

—Sí, vos. ¿Qué os sucede?

Fabregues, en efecto, estaba lívido; toda su bilis se extrabasaba á través de la piel.

Ante el apóstrofe malicioso de la portera, se puso rojo.

—¿No hay cartas?—preguntó.

—No, nada.

Empezó á subir la escalera, y en vez de detenerse en su entresuelo, subió los cinco pisos, y llamó á la puerta de Elena.

Al pronto no obtuvo respuesta.

Este retraso le dió tiempo para reponerse.

Se temía á sí propio, temía la violencia de su carácter, de la exasperación que hacía hervir su sangre.

Esperó medio minuto y llamó de nuevo.

En seguida se oyó una voz que preguntaba:

—¿Quién?

—Yo.

—¿Vos?

—Abrid.

La llave dió vuelta en la cerradura con mucha lentitud; corrió el cerrojo, y Elena se apartó para dejar paso al doctor.

La joven estaba pálida, inquieta, colocada

entre el temor á un escándalo y el disgusto de una escena violenta.

—¿Por qué venís á esta hora?—preguntó con inquietud.—¿Qué significa esta visita después de media noche?

Fabregues entró con el aire de un esposo ofendido, mientras Elena le observaba estupefacta desde la puerta del gabinete.

El se dirigió al gabinete y encendió los mecheros de gas.

—¿Qué hacéis?—dijo la joven.—¿Queréis hacer una fiesta del 14 de Julio para vos solo?

—¡Eh!—dijo él volviendo la cabeza.

—Ponéis iluminación: ¿en honor de qué santo?

El hizo un supremo esfuerzo para contenerse, y dijo:

—¡Calla! ¿has salido?

—¿Por qué lo decís?

—Porque aquí está la ropa que acabas de quitarte.

—Cierto, es mi vestido.

—¿Adónde has ido?

—A pasearme, á dar una vuelta.

—¿No decías que estabas fatigada? ¿Qué ibas á descansar?

—Habré cambiado de idea.

—¿Has ido sola?

—¡Cuanta pregunta! Querido, si os vloveis tan descontentadizo, vale más romper toda relación entre nosotros.

—¡Bah!

—Como lo digo. Quiero mi libertad.

—No se puede hablar contigo sin molestarte.

—Sí; pero á otras horas, en otra parte que en mi casa. Esta irrupción es de lo más incorrecto que conozco. Si así procedeis sin tener derecho, sobre mí, ¿qué sería si lo tuvieseis?

Ella no quería abandonar su terreno.

Fabregues permanecía en el suyo, de pié, fija la mirada en el vestido y el sombrero, en las botas y en los guantes.

—¡Bah!—dijo aproximándose hacia la joven, que retrocedió.—¿Para qué defenderte? Lo sé todo.

—Sea enhorabuena. Convenid pues...

—¿En qué?

—En que me espiais.

—¿Quién era ese hombre que te acompañaba?

—¿En el coche?

—Sí.

—¿No le conocéis?

—Le he visto de lejos; no he querido escándalo. Te esperaba en la calle Royale.

—Exacto.

—Hubiera podido acercarme, seguiros...

—Si no lo habeis hecho, será porque algo lo habrá impedido. ¿De modo que no le habeis visto la cara?

—No.

—Es lástima, porque es un hombre muy espiritual, muy galante y muy rico.

—¿Te hace la corte?
 —No es él solo.
 —¿Y le das oídos?
 —¿Por qué no?
 —¡Elena!—gritó haciendo ademán de cogerle el brazo.

Ella retrocedió de nuevo, ligera como un ciervo, llegó hasta la ventana y la abrió bruscamente.

La noche estaba magnífica.

La joven saltó al balcón.

El doctor quedó inmóvil en medio de la habitación.

Lo que acababa de hacer la joven le causaba verdadera angustia.

¡Tenía miedo de él! ¡Le creía capaz de maltratarla!

—¡Entra!—dijo con voz alterada.—Vas á coger frío.

—Prefiero un reuma á un golpe. Harías mejor marchándoos.

—¿Por qué? Dime quién es ese hombre.

—¿Y os marchareis?

—Lo prometo.

—Es un hombre como otro... mejor que muchos otros... Es célibe, tiene rentas, ama los placeres, me ha visto en el almacén, le he agradado, probablemente para una hora ó para algunos días, y se obstina en perseguirme.

—¿Hace mucho tiempo?

—Hace seis meses. Me ofrece sumas que vos no poseereis nunca, y que me serían muy

útiles después. Esta noche quería hablarme.

—¿Hablarle solamente?

—¿Me tomáis acaso por una de esas desdichadas que se encuentran en la calle?

—¿Dónde habéis ido?

—Al Circo Nuevo. No es gran delito ir en coche abierto, á la vista de todo el mundo. Podía dispensarme de daros estas explicaciones. En mi triste condición de joven sin amparo, sin familia y sin fortuna, tengo al menos la ventaja de no depender de nadie; pero no quiero que podías acusarme. He cedido á un movimiento de curiosidad... He querido saber qué precio ponía á mi venta. Lo he sabido, y no he caído en la tentación. Eso es todo.

—¿Cómo se llama ese hombre?

—¿Para qué decirlo?

—Entonces, ¿ha concluido todo entre nosotros?

Al decir esto, el semblante del doctor se contrajo tan violentamente, que la joven no se atrevió á contestar, como hubiera querido.

—Sería mejor para nosotros —dijo suspirando.

Fabregues observó que Elena temblaba y dijo con dulzura:

—Entra y no temas nada.

Ella obedeció, cerró la ventana y quedó apoyada en la pared.

—Escucha—continuó él sin atreverse á dar un paso hacia ella, temiendo asustarla,—no puedo decir lo que he sufrido en las dos horas

que acaban de pasar. He tenido un infierno dentro de mí. Y es que te tengo en más que la vida, en más que todo.

—¡Palabras!

—Preferiría verte muerta, que de otro.

—¡Comedia!

—Es la verdad; lo juro.

—Me incomodan esas exageraciones. Cuando habláis parece que se estais en el teatro. Docid lo que pensais lisa y llanamente, sin declamaciones.

Y como le viese vacilar, presa de una emoción extraña, continuó:

—Apresurémonos: los vecinos preguntarían lo que pasaba en mi casa, y yo estimo mi reputación. En suma, haceis hermosos proyectos para el porvenir y ninguno se realiza; no habeis adelantado una pulgada en tres años. Y así seguireis siempre.

—¡Elena!

—Quereis la fortuna y no teneis ni fuerza para conquistarla, ni la sabiduría de pasaros sin ella.

—¡La fortuna! — murmuró él pasándose la mano por la frente. — Tú la deseas tanto como yo...

—Temo la miseria, y nada más.

—No mientas. Eres como las otras...

—¿Y aun cuando así fuera?..

—Necesitas placeres, diamantes...

—No, puesto que los he rehusado—dijo, encogiéndose de hombros.

Pero él persistió en su idea.

Aquel rival opulento que había visto, que existía, de cuya existencia no podía dudar, le hacía incrédulo, y le exasperaba.

—Rehusas hoy... para aceptarle mañana.

Se levantó al decir esto y dió algunos pasos por la habitación, con los dedos entre sus cabellos.

Ella permaneció de pie cerca de la ventana, presenciando en todo su conjunto su seductora figura.

—¡Bien!—dijo él volviendo á su lado;—escúchame.

—¿Qué quereis?

—Procuraré adquirir y darte esa fortuna que te fascina.

—¿Podreis lograrlo?

—¡Quizá!

—¿Por qué medios?

—Eso es cosa mía. Concédeme un plazo.

—¿De cuánto tiempo?

—Un año.

La joven sacudió la cabeza.

—Os burlais de mí—le dijo.—¡Un año es la eternidad!

—¿Temes envejecer? ¿Qué es un año para tí?

—¿Adónde vais á parar?

—De aquí á entonces, haga lo que haga, no te ocupes de mis actos; no dudes de mí, oigas lo que quieras, y suceda lo que suceda, piensa que no tengo más que un objeto: tú, siempre tú.

- ¿Qué novelesco!
- ¿Qué es la vida? ¡Una novela!
- Tal vez teneis razón...
- Si pasado ese término, he logrado el éxito, me pertenecerás para siempre, en cambio de la fortuna ganada para tí. En caso contrario recobras tu libertad.
- La joven reflexionó un instante.
- ¡Un año!—dijo.—¡Jamás! ¡Es mucho!
- ¿Cuánto tiempo entonces?
- Seis meses.
- ¿No me concederás nada más?
- No.
- Sea, pues...
- ¿Aceptas?
- Puesto que es preciso...
- ¿Después seré libre? ¿No os ocupareis más de mí?
- Está convenido.
- Volvereis sobre esta palabra: os conozco.
- ¡Nunca!
- Juradlo.
- Lo juro; mas á tu vez, prométeme, en cambio, no dar oídos á nadie.
- ¡Durante seis meses!
- Estamos á 20 de abril; el 20 de octubre, ó yo te podré dar lo que desees, ó todo habrá concluido.
- Ella se puso seria y dijo con alterada voz:
- Os escucho y me pregunto si sueño. Me espantais con vuestras ideas.
- ¿Qué supones, entónces?

- ¿Qué medio vais á poner en práctica para enriqueceros en tan poco tiempo?... Eso son quimeras; valdría más renunciar.
- ¿Tan grande es el sacrificio que te pido?
- No; y aún diré que no me cuesta violencia el hacerlo. No soy ambiciosa; sólo tengo un deseo: vivir en paz, siendo siempre lo que soy: una joven pobre y honrada.
- Acepta, pues.
- Y para convencerla le recordó su encuentro, el compromiso tantas veces reiterado de ser siempre el uno para el otro.
- Elena, en el fondo, decía verdad. Ni era viciosa ni avara; su fondo era honrado y leal.
- Únicamente sentía inquietud por su porvenir. Por otro lado, el caracter exaltado del doctor la aterraba. Celoso y disipador, perseguido por sueños de ambición, que era impotente para realizar, no era el llamado á procurarla la paz del alma porque ella suspiraba.
- Vacilaba en dar su consentimiento, porque una vez comprometida era demasiado leal para faltar á la palabra empeñada.
- La pasión de su amante logró al fin convencerla.
- El reloj dió la una y media.
- ¡Qué tarde!—murmuró ella.
- ¿Qué decides?
- ¿Será este el último sacrificio que exijais de mí?
- Está dicho.
- ¿Qué hareis durante esos seis meses?

- Lo mismo que otros años.
 —¿Irás á Mont-Doré?
 —A principios de junio.
 —¿Y estareis allí?
 —Todo el verano.
 —¿Es decir, hasta el 30 de setiembre?
 —Próximamente.
 —¿Por qué me prevenis que no me admire de nada?
 —Porque tal vez sucedan cosas que la malevolencia interpretará contra mí.
 —No comprendo.
 —Ni hay necesidad.
 —No me gusta la obscuridad ni las tinieblas—dijo con aire de indecisión.—Al menos, no hareis nada indigno ni deshonoroso.
 El se mordió los labios.
 —¿Lo dudarás?—dijo, eludiendo la cuestión.
 —Sea, puesto que lo quereis. Convenido.
 —¡Ah! ¡Qué buena eres! ¡Te adoro!
 —¡Siempre palabras!
 El no se dió por entendido.
 —Nada de intrigas—dijo.
 —No.
 —Ni más citas.
 —No temais nada.
 El doctor cogió la mano de la joven y la cubrió de besos.
 Ella se desasíó suavemente.
 —Me caigo de sueño—dijo.—Idos y déjadme dormir.
 Y le empujó dulcemente hacia la escalera.

El cedió.
 Después de cerrar la puerta, la joven se acostó.
 Si él hubiera entrado en la habitación cinco minutos después, hubiera podido verla enervada y abatida.
 Fabregues, de regreso en su casa, miraba una fotografía que ella le había regalado dos años antes.
 —¡Ah!—murmuraba.—Por convencerte, por conservarte, incendiaría á París. Seis meses es bastante para ser rico. En seis meses, cueste lo que cueste, lo seré ó me moriré.

VII

La morada del doctor Bordat en la calle de Luis el Grande, era más bien el retiro de un hombre de mundo que la habitación de un médico.

Al siguiente día de la cena en el café de la Paz, á las nueve y media, el doctor, en traje de mañana, estaba sentado ante un escritorio elegante en el salón que le servía de gabinete de consultas.

La casa es antigua, y sus menores detalles de construcción recuerdan la época de Luis XVI.

Una marquesa hubiera podido hacer de aquel gabinete un nido para el amor.

El doctor no trabajaba, reflexionaba, mirando de vez en cuando el reloj.